MARIO BENEDETTI

VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

PRESENTACIÓN

por Humberto Costantini

Hasta no hace mucho tiempo, seis o siete años digamos, creo que resultaba bastante fácil, o por lo menos, no demasiado complicado, hablar sobre Mario Benedetti, y salir más o menos bien parado de la nota, la exposición o el comentario bibliográfico.

Era cuestión de referirse, de entrada nomás y con sincero entusiasmo, a sus *Poemas de la oficina* (ese prodigioso librito que nos acercó por primera vez al uruguayo, que nos deslumbró con su compleja simplicidad, y que poco después cometería la irreverencia de convertirse en el segundo best-seller poético por aquellos pagos, después de *Martín Fierro*).

O comentar sus cuentos de *El último viaje* o *Montevideanos*, o sus lúcidos ensayos de *Literatura uruguaya del siglo* XX, y destacar como correspondía lo certero de sus juicios, su particular poder de comunicación, esa intransferible manera de iluminar con sorprendentes significados las expresiones más usuales, la minuciosa y a menudo despiadada pintura de aquel Uruguay "de la cola de paja", el compromiso (o mejor, desavenido y borrascoso casamiento) con la tramposa realidad de su país. Pero, por sobre todo, hablar extensamente de su poesía, de la contundente eficacia de su poesía (a mi juicio el género que con mayor acierto ha desarrollado Benedetti, en el que mayores alturas ha alcanzado, y donde se lo siente más él, más auténtico, más renovador e importante, más el extraordinario poeta que es).

Era cuestión después de dejar puntualmente registrado su nacimiento un 14 de septiembre de 1920 en Paso de los Toros, departamento de Tacuarembó, Uruguay. Y en una de esas, si se las tenía a mano, anotar las palabras que sobre su hogar paterno dijo él alguna vez:

> "Mi padre era farmacéutico, había tenido una farmacia en Tacuarembó, y le había ido muy mal. Ese fracaso económico, esa quiebra repercutió largamente hasta muchos años después..."

Referirse a su infancia en un Montevideo "absolutamente verde y con tranvías", y no omitir su un tanto insólita asistencia a cierto colegio alemán:

> "Entonces mi padre me inscribió en el Colegio Alemán de la calle Soriano, debido a la admiración que él, que era químico, sentía por los alemanes en cuanto científicos, aunque después con el advenimiento del nazismo se espantara como correspondía."

Mencionar tal vez los primeros encuentros con esa previsible discriminación que los profesores del colegio hacían entre germanos y criollos, la instintiva solidaridad del botija Benedetti con los compañeros de clase B, y la influencia saludable a pesar de todo que, a su juicio, ese régimen un poco carcelario ejerció sobre él.

> "La permanencia en ese colegio me enseñó a estudiar muy rigurosamente: desde un punto de vista fue una buena formación, y además me enseñó un idioma. Quise bastante la vida del colegio a pesar de los brutales castigos de los maestros."

Se imponía posiblemente hablar luego de su adolescencia, según él:

> "... muy timorata, muy prejuiciosa, muy limitada, muy signada por la hipocresía de aquel Uruguay que todavía no se había sacado la máscara... No tengo un buen recuerdo de mi adolescencia... Hoy me parece que fue un tiempo perdido."

No olvidarse por supuesto de mencionar su primer trabajo (a los catorce años en una oficina comercial) y luego los cinco años pasados en alguna oficina pública. Años seguramente de tedio, de desesperanza, de sorda rebeldía pero que luego habrían de ser la materia prima de gran parte de su obra. Años marcadores de huella por lo tanto.

Claro que inmediatamente habría que mencionar otra clase de contactos y otras actividades, menos oscuras y rutinarias por suerte, pero no con menos incidencia en su vida y en su obra: su vinculación con *Marcha*, esa ejemplar revista dirigida por Carlos Quijano, de tanto en tanto prohibida en la Argentina, cuyas páginas reunían lo mejor de la intelectualidad uruguaya; la Revolución Cubana a la que Benedetti se adhirió de inmediato; los dos años pasados en Cuba; los tres años de febril actividad política en el Frente Amplio; y naturalmente los libros que reflejan esta importantísima parte de su vida: *El cumpleaños de Juan Ángel*, *El escritor americano y la revolución posible*, *Letras de emergencia*, *Terremoto y después*, *Crónica del 71*, etcétera.

En fin, y con un poco más, con el palenque de alguna opinión prestigiosa, ésta por ejemplo:

> "Benedetti es esencialmente un pensador; no un filósofo, un pensador que como Unamuno o Martínez Estrada ofrece una visión vivida desde adentro, de su realidad.
>
> Es uno de los autores con más perspectivas de creación con que cuenta en estos momentos la literatura latinoamericana, que es a su vez una de las más importantes del mundo actual."
>
> Roberto Fernández Retamar, en 1969

O esta otra:

> "Maestro en el uso del diálogo y del dicho criollo, descubridor muy hábil de la ternura que lleva escondida el hombre aparentemente sin sentimientos, narrador directo, rápido, siempre novedoso, irónico o triste o sentimental o airado, Benedetti posee una honda cualidad humana que ilumina placenteramente todo lo que escribe."
>
> Fernando Alegría, en 1964

Y con el inocuo señalamiento de algunas influencias —Machado, Vallejo, Martí— extraídas de las propias confesiones de Benedetti; Baldomero Fernández Moreno "que despertó en mí una preocupación por lo cotidiano", etc., se tenía armada una aceptable semblanza de este escritor en un país donde la gigantesca figura de Onetti era necesario punto de referencia.

Pues bien, hoy, en 1978, la cosa resulta infinitamente más difícil. Aun en estas modestas páginas cuya simple finalidad es la de hacer compañía a un disco de Benedetti (recién descubierto y todavía mal conocido por el público mexicano) largarse a hablar del autor de *Con y sin nostalgia* significa no ya un compromiso sino un bravo desafío al que no estamos seguros de responder como Dios manda.

Porque hoy, en este crítico año 1978, resulta que ese señor bajito, rubio, cordial, ligeramente tímido, con aspecto más de empleado de banco o de tienda que de intelectual, es, en mi opinión, uno de los grandes maestros de nuestra América, fecunda en maestros.

Y digo maestro con toda la carga de significado —ético, político, literario y glandular— que esta palabra tiene entre nosotros, los latinoamericanos. Porque al decir maestro estoy pensando en Martí, y en Sarmiento, y en Rodó, y en Martínez Estrada, y también en Álvaro Yunque por ejemplo, ese argentino casi desconocido fuera de su país pero que tanto significó para nuestra juventud.

Es que suele ocurrir que de pronto (es naturalmente una manera de decir) por razones que los historiadores del futuro se encargarán de explicar como es debido, un escritor, un mero inventor de fábulas, asume y corporiza algo así como la cabal conciencia de su tiempo.

Tal vez la cosa fue a partir de uno o de varios acontecimientos que obraron en él como el famoso patatús de Saulo en el camino de Damasco. Tal vez lo fue a través de un largo y trabajoso proceso de maduración. No sabemos. Lo cierto es que un buen día nos encontramos con que ese poeta *es* sencillamente nuestra conciencia, prodigiosamente expresa lo que necesitamos expresar; muestra, con su obra y con su vida, una suerte de camino arquetípico, síntesis y confluencia de millones de otros caminos que todos, de una manera o de otra, estamos transitando.

Entonces ese escritor, ese colega querido o admirado o discutido, ese señor al que leímos con placer y sin preconceptos, ese tipo simpático con el que alguna vez charlamos en casa de Haroldo Conti, o fuimos a buscar a un hotel de la calle Corrientes nada más que para decirle que era un gusto verlo y que *A la izquierda del roble* era una de las mejores poesías de la lengua castellana, ese amable ciudadano deja de ser sólo el novelista, o el cuentista o el poeta (sobre todo el poeta) que nos conmovió y nos re-creó tantas veces, para convertirse en algo que casi asusta por lo importante: ni más ni menos que la personalización de toda una conciencia americana, el ejemplo, para el presente y para el porvenir, de lo que un creador puede lograr con el deletéreo material de la palabra y con la tranquila valentía de su conducta. Es decir, claramente, sencillamente, un maestro.

Tal vez estas palabras sonarán a algunos (y en especial al mismo Benedetti) como grandilocuentes. Sé que parangonar a Benedetti con Martí, con Sarmiento o con Rodó (en cuanto a lo que ellos significaron para la juventud americana) puede parecer exagerado, producto de momentánea calentura, o por lo menos no meditado suficientemente.

A estas supuestas prevenciones deberé contestar que no considero para nada exagerado ubicar a Benedetti —tanto por la trascendencia de su obra como por la ejemplaridad de su vida— a la altura de los grandes maestros americanos. Y en cuanto a que esto puede ser consecuencia de un apresuramiento diré que, debido en parte a mi condición de exiliado, y justamente por estar transitando uno de los muchísimos caminos que —por razones explicables e inexplicables— confluyen en Mario Benedetti, he rumiado bastante el asunto; me he preguntado cientos de veces qué significa el exilio, he observado su efecto nocivo y destructor, he conocido lo difícil que es sobreponerse y seguir adelante. Y he seguido, como si me observara a mí mismo, los pasos de Benedetti, he leído casi todo lo que publicó, y he envidiado sobre todo su prodigiosa capacidad para rearmarse o rehacerse, y aun de fortalecerse y de crecer en el exilio. Y pienso que Benedetti, entre otras cosas por la manera viril y esperanzada con que ha respondido a ese sórdido enemigo, porque su obra en vez de resentirse, y sin perder nada de su entrañable acento uruguayo, fue ganando en proyección americana y revolucionaria, es el más nítido maestro con que cuenta hoy nuestra juventud. Esa juventud, por otra parte, de la que lo hemos aprendido todo, particularmente a vivir y a morir con dignidad, y que hoy siente al uruguayo Benedetti *su* autor. Y sobre esto último sí que no hay discusión posible.

Cuando alguno de nuestros muchachos canta:

> Si te quiero es porque sos
> mi amor, mi cómplice y todo
> y en la calle codo a codo
> somos mucho más que dos

O cuando con voz entrecortada intenta leer para los otros *Muerte de Soledad Barret*:

> ahora acribillaron en recife
> tus veintisiete años
> de amor templado y pena clandestina

está de hecho reconociéndose, encontrándose en las palabras justas, hermosas, hechas a la medida de su coraje que, no para ellos sino desde ellos, escribió Benedetti.

Es que ninguno de nuestros grandes escritores (me refiero a los de este lado, claro, a los embanderados con el pueblo) ni siquiera

Cortázar, ni siquiera García Márquez, ni siquiera Carpentier, asume para nosotros esa suerte de diputación de nuestros anhelos, de nuestra rabia y nuestra esperanza como lo hace el uruguayo Benedetti. Ninguno como él habla —infatigablemente, bellamente, desgarradamente— por nosotros, a ninguno como a él se lo podrá situar en el futuro como el ejemplo más lúcido, más fecundo, y por supuesto más talentoso, de esta generación que necesariamente habrá de llamarse del exilio.

"¿Sabías que aproximadamente un tercio de la población uruguaya vive en el exilio?"

Me escribió hace poco en una carta desde Cuba —en cuya Casa de las Américas trabaja (mucho)— y donde me anuncia la aparición de un próximo libro —*Poesía trunca*, se llamará— que reúne poemas de 28 latinoamericanos que murieron por razones políticas. "Unos, poetas que de vez en cuando hacían la revolución; otros, revolucionarios que de vez en cuando hacían poesía, pero allí están todos, unidos por una muerte digna que es su común denominador."

Es decir que su función de portavoz de los rebeldes y perseguidos de América, no es sólo un azar, y como natural consecuencia de que su vida se parece a las de todos los compañeros que debieron enfrentar la más siniestra represión de que se tenga memoria en nuestros países, sino que, concientemente, lúcidamente, solidariamente, Benedetti asume, se propone asumir, esa representación.

Dijimos que si antes no resultaba demasiado difícil hablar de Benedetti, hoy, ante la importancia histórica que este escritor ha alcanzado, la cosa, para un contemporáneo y casi paisano, se hace más comprometedora y peliaguda.

Entre otros motivos porque uno no sabe bien a partir de qué momento la figura de este uruguayo hasta los tuétanos creció hasta esta dimensión americana que hoy le reconocemos.

¿A partir del exilio? Posiblemente, pero el caso es que ya antes, en 1971, había publicado *El cumpleaños de Juan Ángel*, esa bellísima narración o novela en verso sobre la lucha revolucionaria de los Tupamaros, y que seguramente ha de permanecer como una de las mejores y más certeras expresiones literarias de esa lucha y de esta época.

Él mismo habló alguna vez acerca de ciertos hechos que incidieron definitoriamente en su vida. Dijo, y tal vez haya que creerle que

> "En cuanto a las experiencias sociales... creo que hay tres fundamentales. Una es el viaje a Estados Unidos, que me mostró el verdadero rostro del imperialismo. Otra es la Revolución Cubana, y más que la Revolución Cubana como cosa abstracta, mi estadía en Cuba donde, aparte de hacer varios viajes, estuve trabajando durante dos años y medio, y con el privilegio de haber participado en la dirección de la Casa de las Américas.
>
> Otra experiencia ha sido mi participación política en el Uruguay. No puedo pensarme actualmente sin esos dos o tres años de actividad política, y pienso que hoy sería más pobre humana y literariamente de no haberlos tenido."

Viaje a Estados Unidos, Revolución Cubana, participación política entonces, los cuales explicarían lo que para llamarlo de algún modo podríamos llamar su crecimiento, y que sería más justo llamar su nacimiento, la unamuniana adquisición de su verdadero nombre. Puede ser. Pero es imposible dejar de pensar que por experiencias semejantes pasaron muchos individuos, y por supuesto, varios escritores. Y no en todos, es claro, esos hechos determinaron no sólo esa irreversible toma de conciencia, sino esa maduración humana y literaria que notamos en Benedetti. Y en los que sí esos hechos determinaron un cambio, ocurre que sus obras, por motivos difíciles de explicar, no sufrieron en apariencia ese remezón de lucha revolucionaria, esa aglutinación de todas las rebeldías de nuestra América que recorre sobre todo las últimas obras de Benedetti.

Tampoco es cuestión de meterse en socavones psicológicos, pero es probable que su misma condición de exiliado, de andador por esta América, a la que tanto Buenos Aires como Montevideo no acostumbraban a mirar muy de cerca, haya contribuido en algo. Y que también la derrota temporaria de las fuerzas populares en todo el cono sur, con su secuela de represión y salvajismo, haya sacudido su conciencia, afilado su odio y ensanchado su capacidad de amor más de lo que él mismo supone, o por lo menos declara.

Y por experiencia propia no descarto que la tortura y el asesinato de tantos amigos queridos esté apuntalando con su sangrante recuerdo un compromiso de lucha que es al mismo tiempo un compromiso hacia ellos, una voluntad de que sus muertes no hayan sido en vano, una necesidad de que ellos vivan y hablen por su boca.

Creo en fin que todo eso ha contribuido en parte. Más cómodo sería por lo tanto decir que la Historia misma, como no podía ser de otra manera, ha contribuido en dar a Benedetti esa dimensión de gran americano que nosotros, los latinoamericanos, le reconocemos.

Esto necesitaba decir hace tiempo, y me alegra que la edición de este disco por la Universidad Nacional Autónoma de México me haya dado la oportunidad para hacerlo.

Pero además, y tanto como para "desolimpizar" un poco la cosa quisiera agregar esto:

La Historia, esa trabucada memoria de la humanidad, suele con frecuencia equivocar hechos y nombres. Creo que fue Bernard Shaw el que dijo que los lectores de un lejano futuro no sabrían distinguir bien los nombres de los autores del pasado: confundirían Shaw con Shakespeare y, distraídamente, los creerían una misma persona.

Ahora bien, la Historia, en el Río de la Plata, también tiene sus caprichos y sus interesadas, y a veces sabias, confusiones. Y es muy posible que dentro de muchos años no faltará quien asegure que eso del nacimiento de Benedetti en Paso de los Toros son embelecos fraguados en la otra Banda, y que, como se sabe, ese poeta que escribió *Buenos y mejores aires* es tan argentino como Horacio Quiroga, Ireneo Leguisamo, Matos Rodríguez o Florencio Sánchez, faltaría más.

Los dos cuentos que Benedetti eligió para este disco pertenecen al libro *Montevideanos: Familia Iriarte* está incluido en la primera edición de 1959, *Déjanos caer* aparece recién en la de 1962.

Ambos, pese a las diferencias anotadas por Ambrosio Fornet, compilador y prologuista del libro *Mario Benedetti* (Ed. Casa de las Américas, Cuba, 1976) quien califica a *Déjanos caer* de "cuento de transición", pertenecen, a mi juicio, a lo que el mismo Fornet llama "el primer Benedetti". Es decir a ese Benedetti que descubrimos allá por 1960, y que aprendimos a querer a través de *Solo mientras tanto* (1950), *Poemas de la oficina* (1956) o *Poemas del hoy por hoy* (1963).

Montevideanos es pues, algo así como la versión cuentística de aquel mundo de esos poemas, descrito también a su modo en los ensayos de *El país de la cola de paja*. Un mundo mentiroso y oficinesco, sin salida a la vista, en donde el joven Benedetti se debatía, y en donde a pesar de todo iba gestando su obra rica, veraz, inconforme y denunciadora.

Dice Benedetti en *El país de la cola de paja*:

> "Uruguay es la única oficina del mundo que ha alcanzado categoría de república, pero no sé hasta qué punto sería lícito tomar

a la chacota uno de los aspectos más oscuramente dramáticos de nuestra vida nacional. Digámoslo, pues, en serio: el Uruguay es un país de oficinistas. No importa que también haya algunos mozos de café, algunos cargadores del puerto y unos tímidos contrabandistas. Lo que verdaderamente importa es el estilo mental del Uruguay, y ese estilo es de oficinistas."

Ese mundo sórdido, agazapado de aquel Uruguay donde nunca pasaba nada, al que según Fornet "sólo le faltaba una industria relojera para ser la Suiza de América", y donde según Benedetti se acuñó definitivamente la palabra falluto respondiendo a una imperiosa demanda de la realidad.

Ese mundo en fin, apoltronado en aquella gran mentira de paz y democracia, y cuya tremenda injusticia estaba incubando su despertar revolucionario, ahogado hoy provisoriamente por una de las más repugnantes dictaduras de América Latina.

A ese mundo pertenece incuestionablemente sobre todo *Familia Iriarte*. El auxiliar de secretaría que encuentra toda la perfección en una mujer, simplemente porque la sabe la mujer del jefe, es una particular versión de "ese montevideano de los años cincuenta, enajenado en sus relaciones de trabajo y de familia" como lo describió Jorge Ruffinelli.

Creo que vale la pena transcribir textualmente, lo dice Fornet al referirse particularmente a *Familia Iriarte*:

"En el mundo existe una lucha sorda entre dos castas, representadas por dos tipos de hombres, los jefes y los subordinados. Los primeros son audaces, monopolizan el dinero, la energía y los innumerables resortes de la vileza: los segundos son tímidos, sólo poseen una turbia soledad y una dosis de envidia que los convierte en secretos admiradores de sus rivales. La desigual competencia se ventila en el terreno erótico: el trofeo es siempre la mujer. El mundo es, pues, una selva de asfalto donde el macho de casta superior —cuyo prototipo es el gerente, el empresario— dispone a su antojo de las hembras de la manada."

Y monologa el auxiliar de *Familia Iriarte*:

"A veces no podía evitar cierta complacencia en saber que había conseguido una de esas mujeres inalcanzables que sólo gastan los ministros, los hombres públicos, los funcionarios de importancia. Yo: un auxiliar de secretaría."

Familia Iriarte es sin duda, junto con *Aquí se respira bien*, uno de los cuentos más representativos del mundo de *Montevideanos*.

Más representativo, a mi juicio, que *Déjanos caer*, en el que la sorpresiva y con ribetes místicos "regeneración" de una muchacha a partir de un papel en una detestable pieza teatral es más importante (ése es el cuento en una palabra) y de paso habla más del desconcierto, el esnobismo y el caos de ese ambiente aproximadamente artístico, que el inesperado y un poco superficializante final. Superficializante digo porque eso de juntar (o por lo menos de que se junten en la mente de los demás personajes) castidad con pureza, y actividad sexual con depravación hace que este cuento de 1962 parezca hoy más viejo que *Familia Iriarte*, de 1959.

Y por respeto a Benedetti me veo obligado a aclararme: en el cuento se da por sentado que cuando el novio conoce el pasado de la muchacha se reproduce la hecatombe. ¿No hay aquí algo de machismo, de herencia de nuestro común pasado tanguero? ¿No se le está dando tal vez una desmedida importancia a algo así como a "tu historia y mi honor desnudaos en la feria?"

Claro que todo el cuento es casi un tema de tango (no puedo olvidar a cierta Santa Milonguita que "tuvo un bello arranque de sensiblería/ y quiso ser buena, buena como el pan") pero en el curso del relato hay sin duda una verdad sustancial, y sobre todo un hecho lleno de sugerencias extrañas como es el que un risible papel en un melodrama sea el desencadenante de una transformación. En cambio el final es hábil y sorpresivo simplemente.

De todas maneras los cuentos seleccionados por el autor —y grabados hace algunos años— para integrar este disco son una buena muestra del estilo narrativo de Benedetti. Tanto en *Familia Iriarte* como en *Déjanos caer* es posible gustar de ese lenguaje directo, rápido, incisivo, sabiamente coloquial, es decir, veraz y poético al mismo tiempo, que caracteriza lo mejor de su obra en prosa.

Ojalá que este disco contribuya a difundir entre nosotros la obra de este importante escritor, de este maestro de latinoamericanos, muchos de cuyos libros, afortunadamente, están siendo ahora publicados en México.

MARIO BENEDETTI

CARA 1
Duración:
19' 40"

FAMILIA IRIARTE

Había cinco familias que llamaban al Jefe. En la guardia de la mañana yo estaba siempre a cargo del teléfono y conocía de memoria las cinco voces. Todos estábamos enterados de que cada familia era un programa y a veces cotejábamos nuestras sospechas.

Para mí, por ejemplo, la familia Calvo era gordita, arremetedora, con la pintura siempre más ancha que el labio; la familia Ruiz, una pituca sin calidad, de mechón sobre el ojo; la familia Durán, una flaca intelectual, del tipo fatigado y sin prejuicios; la familia Salgado, una hembra de labio grueso, de esas que convencen a puro sexo. Pero la única que tenía voz de mujer ideal era la familia Iriarte. Ni gorda ni flaca, con las curvas suficientes para bendecir el don del tacto que nos da natura; ni demasiado terca ni demasiado dócil, una verdadera mujer, eso es: un carácter. Así la imaginaba. Conocía su risa franca y contagiosa y desde allí inventaba su gesto. Conocía sus silencios y sobre ellos creaba sus ojos. Negros, melancólicos. Conocía su tono amable, acogedor y desde allí inventaba su ternura.

Con respecto a las otras familias había discrepancias. Para Elizalde, por ejemplo, la Salgado era una petisa sin pretensiones; para Rossi, la Calvo era una pasa de uva; la Ruiz, una veterana más para Correa. Pero en cuanto a la familia Iriarte todos coincidíamos en que era divina, más aún, todos habíamos construido casi la misma imagen a partir de su voz. Estábamos seguros de que si un día llegaba a abrir la puerta de la oficina y simplemente sonreía, aunque no pronunciase palabra, igual la íbamos a reconocer a coro, porque todos habíamos creado la misma sonrisa inconfundible.

El Jefe, que era un tipo relativamente indiscreto en cuanto se refería a los asuntos confidenciales que rozaban la oficina, pasaba a ser una tumba de discreción y de reserva en lo que concernía a las cinco familias. En esa zona, nuestros diálagos con él eran de un laconismo desalentador. Nos limitábamos a atender la llamada, a apretar el botón para que la chicharra sonase en su despacho, y a comunicarle, por ejemplo: "Familia Salgado." Él decía sencillamente "Pásemela" o "Dígale que no estoy" o "Que llame dentro de una hora". Nunca un comentario, ni siquiera una broma. Y eso que sabía que éramos de confianza.

Yo no podía explicarme por qué la familia Iriarte era, de las cinco, la que llamaba con menos frecuencia, a veces cada quince días. Claro que en esas ocasiones la luz roja que indicaba "ocupado" no se apagaba por lo menos durante un cuarto de hora. Cuánto hubiera representado para mí escuchar durante quince minutos seguidos aquella vocecita tan tierna, tan graciosa, tan segura.

Una vez me animé a decir algo, no recuerdo qué, y ella me contestó algo, no recuerdo qué. ¡Qué día! Desde entonces acaricié la esperanza de hablar un poquito con ella, más aún, de que ella también reconociese mi voz como yo reconocía la suya. Una mañana tuve la ocurrencia de decir: "¿Podría esperar un instante hasta que consiga comunicación? y ella me contestó: "Como no, siempre que usted me haga amable la espera." Reconozco que ese día estaba medio tarado, porque sólo pude hablarle del tiempo, del trabajo y de un proyectado cambio de horario. Pero en otra ocasión me hice de valor y conversamos sobre temas generales aunque con significados particulares. Desde entonces ella reconocía mi voz y me saludaba con un "¿Qué tal, secretario?" que me aflojaba por completo.

Unos meses después de esa variante me fui de vacaciones al Este. Desde hacía años, mis vacaciones en el Este habían constituido mi esperanza más firme desde un punto de vista sentimental. Siempre pensé que en una de esas licencias iba a encontrar a la muchacha en quien personificar mis sueños privados y a quien destinar mi ternura latente. Porque yo soy definidamente un sentimental. A veces me lo reprocho, me digo que hoy en día vale más ser egoísta y calculador pero de nada sirve. Voy al cine, me trago una de esas cursilerías mejicanas con hijos naturales y pobres viejecitos, comprendo sin lugar a dudas que es idiota, y sin embargo no puedo evitar que se me haga un nudo en la garganta.

Ahora que en eso de encontrar la mujer en el Este, yo me he investigado mucho y he hallado otros motivos no tan sentimentales. La verdad es que en un balneario uno sólo ve mujercitas limpias, frescas, descansadas, dispuestas a reírse, a festejarlo todo. Claro que también en Montevideo hay mujercitas limpias; pero las pobres están siempre cansadas. Los zapatos estrechos, las escaleras, los autobuses, las dejan amargadas y sudorosas. En la ciudad uno ignora prácticamente cómo es la alegría de una mujer. Y eso, aunque no lo parezca, es importante. Personalmente, me considero capaz de soportar cualquier tipo de pesimismo femenino, diría que me siento con fuerzas como para dominar toda especie de llanto, de gritos o de histeria. Pero me reconozco mucho más exigente en cuanto a la alegría. Hay risas de mujeres que, francamente, nunca pude aguantar. Por eso en un Balneario, donde todas ríen desde que se levantan para el primer baño hasta que salen mareadas del casino, uno sabe quién es quién y qué risa es asqueante y cuál maravillosa.

Fue precisamente en el Balneario donde volví a oír su voz. Yo

bailaba entre las mesitas de una terraza, a la luz de una luna que a nadie le importaba. Mi mano derecha se había afirmado sobre una espalda parcialmente despellejada que aún no había perdido el calor de la tarde. La dueña de la espalda se reía y era una buena risa, no había que descartarla. Siempre que podía yo le miraba unos pelitos rubios, casi transparentes, que tenía en las inmediaciones de la oreja, y, en realidad me sentía bastante conmovido. Mi compañera hablaba poco, pero siempre decía algo lo bastante soso como para que yo apreciara sus silencios.

Justamente, fue en el agradable transcurso de uno de éstos que oí la frase, tan nítida como si la hubiera recortado especialmente para mí: "¿Y usted qué refresco prefiere?" No tiene importancia ni ahora ni después, pero yo la recuerdo palabra por palabra. Se había formado uno de esos lentos y arrastrados nudos que provoca el tango. La frase había sonado muy cerca, pero esa vez no pude relacionarla con ninguna de las caderas que me habían rozado.

Dos noches después, en el casino, perdía unos noventa pesos y me vino la loca de jugar cincuenta en una última bola. Si perdía, paciencia; tendría que volver en seguida a Montevideo. Pero salió el 32 y me sentí infinitamente reconfortado y optimista cuando repasé las ocho fichas naranjas de aro que le había dedicado. Entonces alguien dijo en mi oído, casi como un teléfono: "Así se juega; hay que arriesgarse."

Me di vuelta, tranquilo, seguro de lo que iba a hallar, y la familia Iriarte que estaba junto a mí era tan deliciosa como la que yo y los otros habíamos inventado a partir de su voz. A continuación fue relativamente sencillo tomar un hilo de su propia frase, construir una teoría del riesgo, y convencerla de que se arriesgara conmigo, a conversar primero, a bailar después, a encontrarnos en la playa al día siguiente.

Desde entonces anduvimos juntos. Me dijo que se llamaba Doris, Doris Freire. Era rigurosamente cierto (no sé con qué motivo me mostró su carnet) y, además, muy explicable: yo siempre había pensado que las "familias" eran sólo nombres de teléfono. Desde el primer día me hice esta composición de lugar: era evidente que ella tenía relaciones con el Jefe, era no menos evidente que eso lastimaba bastante mi amor propio: pero (fíjense qué buen pero) era la mujer más encantadora que yo había conocido y arriesgaba perderla definitivamente (ahora que el azar la había puesto en mi oído) si yo me atenía desmedidamente a mis escrúpulos.

Además, cabía otra posibilidad. Así como yo había reconocido su voz, ¿por qué no podría Doris reconocer la mía? Cierto que ella había sido siempre para mí algo precioso, inalcanzable, y yo, en cambio, sólo ahora ingresaba en su mundo. Sin embargo, cuando una mañana corrí a su encuentro con un alegre "¿Qué tal, secretaria?", aunque ella en seguida asimiló el golpe, se rió, me dio el brazo y me hizo bromas con una morocha de un jeep que nos cruzamos, a mí no se me escapó que había quedado inquieta, como si alguna sospecha la hubiese iluminado. Después, en cambio, me pareció que aceptaba con filosofía la posibilidad de que fuese yo quien atendía sus llamadas al Jefe. Y esa seguridad que ahora reflejaban sus conversaciones, sus inolvidables miradas de comprensión y de promesas, me dieron finalmente otra esperanza. Estaba claro que ella apreciaba que yo no le hablase del Jefe: y, aunque esto otro no estaba tan claro, era probable que ella recompensase mi delicadeza rompiendo a corto plazo con él. Siempre supe mirar en la mirada ajena, y la de Doris era particularmente sincera.

Volví al trabajo. Día por medio cumplí otra vez mis guardias matutinas, junto al teléfono. La familia Iriarte no llamó más.

Casi todos los días me encontraba con Doris a la salida de su empleo. Ella trabajaba en el Poder Judicial, tenía buen sueldo, era la funcionaria clave de su oficina y todos la apreciaban.

Doris no me ocultaba nada. Su vida actual era desmedidamente honesta y transparente. Pero ¿y el pasado? En el fondo a mí me bastaba con que no me engañase. Su aventura —o lo que fuera— con el Jefe, no iba por cierto a infectar mi ración de felicidad. La familia Iriarte no había hablado más. ¿Qué otra cosa podía pretender? Yo era preferido al Jefe y pronto éste pasaría a ser en la vida de Doris ese mal recuerdo que toda muchacha debe tener.

Yo le había advertido a Doris que no me telefoneara a la oficina. No sé qué pretexto encontré. Francamente, yo no quería arriesgarme a que Elizalde o Rossi o Correa atendieran su llamada, reconocieran su voz y fabricaran a continuación una de esas interpretaciones ambiguas a que eran tan afectos. Lo cierto es que ella, siempre amable y sin rencor, no puso objeciones. A mí me gustaba que fuese tan comprensiva en todo lo referente a ese tema tabú, y verdaderamente le agradecía que nunca me hubiera obligado a entrar en explicaciones tristes, en esas palabras de mala fama que todo lo ensucian, que destruyen toda buena intención.

Me llevó a su casa y conocí a su madre. Era una buena y cansada mujer. Hacía doce años que había perdido a su marido y aún no se había repuesto. Nos miraba a Doris y a mí con mansa complacencia, pero a veces se le llenaban los ojos de lágrimas, tal vez al recordar algún lejano pormenor de su noviazgo con el señor Freire. Tres veces por semana yo me quedaba hasta las once, pero a las diez ella discretamente decía buenas noches y se retiraba, de modo que a Doris y a mí nos quedaba una hora para besarnos a gusto, hablar del futuro, calcular el precio de las sábanas y las habitaciones que precisaríamos, exactamente igual que otras cien mil parejas, diseminadas en el territorio de la República, que a esa misma hora intercambiarían parecidos proyectos y mimos. Nunca la madre hizo referencia al Jefe ni a nadie relacionado sentimentalmente con Doris. Siempre me dispensó el tratamiento que todo hogar honorable reserva al primer novio de la nena. Y yo dejaba hacer.

A veces no podía evitar cierta sórdida complacencia en saber que había conseguido (para mi uso, para mi deleite) una de esas mujeres inalcanzables que sólo gastan los ministros, los hombres públicos, los funcionarios de importancia. Yo: un auxiliar de secretaría.

Doris, justo es consignarlo, estaba cada noche más encantadora. Conmigo no escatimaba su ternura; tenía un modo de acariciarme la nuca, de besarme el pescuezo, de susurrarme pequeñas delicias mientras me besaba, que, francamente, yo salía de allí mareado de felicidad, y, por qué no decirlo, de deseo. Luego, solo y desvelado en mi pieza de soltero, me amargaba un poco pensando que esa refinada pericia probaba que alguien había atendido cuidadosamente su noviciado. Después de todo, ¿era una ventaja o una desventaja? Yo no podía evitar acordarme del Jefe, tan tieso, tan respetable, tan incrustado en su respetabilidad, y no lograba imaginarlo como ese envidiable instructor. ¿Había otros, pues? Pero, ¿cuántos? Especialmente, ¿cuál de ellos le había enseñado a besar así? Siempre terminaba por recordarme a mí mismo que estábamos en mil novecientos cuarenta y seis y no en la Edad Media, que ahora era yo quien importaba para ella, y me dormía abrazado a la almohada como en un vasto anticipo y débil sucedáneo de otros abrazos que figuraban en mi programa.

Hasta el veintitrés de noviembre tuve la sensación de que me deslizaba irremediable y graciosamente hacia el matrimonio. Era un hecho. Faltaba que consiguiéramos un apartamento como a mí me gustaba, con aire, luz y amplios ventanales. Habíamos salido varios domingos en busca de ese ideal, pero cuando hallábamos algo que se le aproximaba, era demasiado caro o sin buena locomoción o el barrio le parecía a Doris apartado y triste.

En la mañana del veintitrés de noviembre yo cumplía mi guardia. Hacía cuatro días que el Jefe no aparecía por el despacho; de modo que me hallaba solo y tranquilo, leyendo una revista y fumando mi rubio. De pronto sentí que, a mis espaldas, una puerta se abría. Perezosamente me di vuelta y alcancé a ver, asomada e interrogante, la adorada cabecita de Doris. Entró con cierto airecito culpable porque —según dijo— pensó que yo fuese a enojarme. El motivo de su presencia en la oficina era que al fin había encontrado un apartamento con la disposición y el alquiler que buscábamos. Había hecho un esmerado planito y lo mostraba satisfecha. Estaba primorosa con su vestido liviano y aquel ancho cinturón que le marcaba mejor que ningún otro la cintura. Como estábamos solos se sentó sobre mi escritorio, cruzó las piernas y empezó a preguntarme cuál era el sitio de Rossi, cuál el de Correa, cuál el de Elizalde. No conocía personalmente a ninguno de ellos, pero estaba enterada de sus rasgos y anécdotas a través de mis versiones caricaturescas. Ella había empezado a fumar uno de mis rubios y yo tenía su mano entre las mías, cuando sonó el teléfono. Levanté el tubo y dije: "Hola." Entonces el teléfono dijo: "¿Qué tal, secretario?" y aparentemente todo siguió igual. Pero en los segundos que duró la llamada y mientras yo, sólo a medias repuesto, interrogaba maquinalmente: "¿Qué es de su vida después de tanto tiempo?" y el teléfono respondía: "Estuve de viaje por Chile", verdaderamente nada seguía igual. Como en los últimos instantes de un ahogado, desfilaban por mi cabeza varias ideas sin orden ni equilibrio. La primera de éstas: "Así que el Jefe no tuvo nada que ver con ella", representaba la dignidad triunfante. La segunda era, más o menos: "Pero entonces Doris..." y la tercera, textualmente: "¿Cómo pude confundir esta voz?"

Le expliqué al teléfono que el Jefe no estaba, dije adiós, puse el tubo en su sitio. Su mano seguía en mi mano. Entonces levanté los ojos y sabía lo que iba a encontrar. Sentada sobre mi escritorio, fumando como cualquier pituca, Doris esperaba y sonreía, todavía pendiente del ridículo plano. Era, naturalmente, una sonrisa vacía y superficial, igual a la de todo el mundo, y con ella amenazaba aburrirme de aquí a la eternidad. Después yo trataría de hallar la verdadera explicación, pero mientras tanto, en la capa más insospechable de mi conciencia, puse punto final a este malentendido. Porque, en realidad, yo estoy enamorado de la familia Iriarte.

(1956)

CARA II
Duración:
20' 45"

DÉJANOS CAER

¿Van Daalhoff? Mucho gusto. ¿Así que Areosa le dio mi teléfono? ¿Está bien el hombre? Hace años que no lo veo. Aquí en la tarjeta dice que usted quiere tema para un cuento y que a él le parece que yo puedo ayudarlo. Bueno, no hace falta decirlo: siempre que pueda, encantado. Los amigos de Areosa, son mis amigos. ¿Ana Silvestre dijo? Seguro que la conozco. Lo menos desde 1944. Ahora está de novia. Qué cosita. Cómo no que hay tema para un cuento. Pero, eso sí, cámbiele el nombre. Además, usted no es de aquí. Lo publicará en su país, claro. Mejor, mucho mejor. Ana Silvestre. Como nombre de teatro, no me gusta. Nunca pude explicarme por qué no quiso conservar su nombre verdadero: Mariana Larravide. (Con hielo y sin soda, por favor.) En 1944 era lo que se dice una nena: 17 años. Siempre flacucha, inquieta, despeinada, pero ya en aquella época tenía algo, algo que ponía nerviosos a los muchachos e incluso a los más veteranos, como yo. ¿Cuántos años me da? No se pase, no se pase. Anteayer cumplí cuarenta y ocho, sí señor. Escorpión y a mucha honra. Sí, hace dieciséis años Mariana era una nenita. Lo mejor que tuvo siempre fueron los ojos. Oscuros, bien oscuros. Muy inocentes, mientras estuvo en la etapa inocente. Y muy depravados, en la otra. En esa época era todavía estudiante de Preparatorios. De Derecho, naturalmente. Estudiaba con los hermanos Zúñiga, el pardo Aristimuño, Elvira Rosa y la bombita Anselmi. Eran inseparables, un grupito verdaderamente unido. Venían los seis por la vereda y usted tenía que bajarse, porque ellos no se abrían ni a garrote. Yo los conocía bien, porque era amigo de Arriaga, un profesor de filosofía al que la botijada veneraba como un dios, porque era campechano y venía a las clases en motocicleta. Así hasta que se escrachó, en Capurro y Dragones, contra un tranvía 22 que lo envió al Maciel con una pierna rota y otra también, jubilándolo para siempre del donjuanismo activo. Pero en ese entonces Arriaga ni soñaba con las muletas. A veces se sentaba conmigo en el café y veíamos entrar y salir a la barra, dándose empujoncitos y gritándose chistes idiotas, de esos que sólo hacen reír cuando se está en la edad de los granos. Yo me daba cuenta de que Arriaga le tenía unas ganas bárbaras a Mariana, pero ella no le daba ni cero cinco en el terreno que a él le interesaba. Lo admiraba como profesor y nada más. Elvira Roca y la bombita Anselmi, un año mayores que ella, ya se acostaban con todo el mundo, pero Mariana se mantenía incólume, deliberadamente confinada a la camaradería y sus toqueteos sin militancia. Debe haber sido la virginidad más publicitada del Mundo Libre. Hasta los mozos de café tenían conciencia de que le servían el cortado a una virgen. Lo más notable era que ella declaraba no tener prejuicios; simplemente, no se sentía impulsada hacia la peripecia sexual. Le aseguro que, considerando que no se sentía impulsada, se las arreglaba bastante bien para hacerse mirar, mediante escotes abismales, y estratégicos cruces de piernas. Nunca se pudo saber quién fue el primero. La bombita Anselmi desparramó la noticia de que había sido un adscripto del Vázquez, pero éste, que se llamaba —fíjese usted lo que son las coincidencias— precisamente Vázquez, una noche que tenía unas cuantas copas encima, confesó que había sido el segundo. (Gracias. Y otro cubito. Ahí está.) En realidad, para el placé había varios candidatos, yo entre ellos. Lo que pasaba era que Mariana le decía a todos que, antes de esa caída, sólo había habido "un hombre en su vida". Y uno se quedaba contento, de puro imbécil que era, porque allí ser segundón era casi lo mismo que ser pionero, y todo eso sin las desventajas del estreno. Una cosa hay que reconocer y es que Mariana siempre tuvo un estilo propio. Para la inocencia y para el relajo. Para la farra y para la tristeza. Gozaba de absoluta libertad, porque los padres estaban en Santa Clara de Olimar y ella vivía aquí con una tía que tiene por cierto su pasado glorioso. La casa era en Punta Carreta, cerca de la cárcel. Uno de esos conglomerados de Bello y Reborati, que siempre me hicieron acordar a un juego de armar casitas que tuve cuando botija. La tía se pasaba las semanas en Buenos Aires y Mariana quedaba como dueña y señora de la casa, con su enorme surtido de balconcitos y corredores. Era la ocasión de armar soberbias festicholas, con grapa, amores y discoteca. Arriaga era un habitué de esas reuniones y yo empecé a ir como invitado suyo. Por ese entonces a mí me gustaba la bombita Anselmi, que en el tercer san martín seco se ponía sentimental

y había que consolarla de apuro en el altillo. Pensar que en esa época era un bibelot, todo lo redondita que se precisa, y hoy, como digna esposa del edil Rebollo, tiene unas cataplasmas que fueron tiempo ha, soberbios pectorales. Bueno, pero a eso iba. Muchos de los asistentes a esos carnavalitos privados, se divertían con un solemne sentido del deber. Era una fiesta y había que gritar. Era un baile y había que bailar. Era una jauja y había que reír. Todo previsto. Pero Mariana, que en esa etapa ya no era una nena, no nos esperaba con la risa puesta, no señor. Cuando llegábamos siempre estaba seria, como si la idea no hubiera sido suya y la estuviéramos obligando a divertirse. Pero nosotros la conocíamos: sabíamos que necesitaba crearse un clima, entrar lentamente en caja. El menor de los Zúñiga decía un chiste intelectual, de esos tan rebuscados que cuando uno pesca el resorte, ya le vino el bostezo de tanto esperar: el pardo Aristimuño, como es de Bella Unión, contaba anécdotas de la frontera; Elvira Roca empezaba a tener calor y se sacaba la blusa y compañía; Arriaga, que había seguido curso de fonética e impostación, recitaba cultísimas indecencias de la antigüedad clásica, y así Mariana empezaba a alegrarse de a poco, con verdadero ritmo, riendo sobre seguro. Fue Raimundo Ortiz, huésped de honor de uno de tales jolgorios, quien, asistiendo a ese ascenso progresivo de lo que él, como buen hombre de teatro, llamaba el climax, le propuso a Mariana que ingresara en su conjunto "La Bambalina", de teatro independiente. Qué ojo. Desde el pique —me parece recordar que debutó en una obrita de O'Neill— Mariana fue la favorita de los críticos, que en ese entonces eran pocos pero malos. Ortiz primero, y después Olascoaga (cuando ella se fue de "La Bambalina" para "Telón de fondo", con motivo de los arañazos que le dio la Beba Goñi la noche en que Mariana le arrebató el papel de Ramera IV en una obra que entonces era de vanguardia y hoy es demodé) explotaron el filón y le hicieron representar todos los papeles de putitas de que dispone el repetorio universal. Le juro que, sobre el escenario, parecía extraída del "Blue Star" o del "Atlantic": el mismo paso, las mismas caídas de ojos, el mismo ritmo de las caderas. (Gracias, todavía tengo en el vaso. Bueno, agréguele, ya que insiste. No se me olvide del cubito. Macanudo.) Nunca le daban papeles románticos o de característica; tampoco ella los reclamaba. Representando el papel de Prostituta (que es, después de Yerma, el más codiciado por las actrices con temperamento) se sentía segura y a sus anchas. En la vida diaria ponía una carita tan hábilmente maquillada de pureza, que cuando subía al escenario y se quitaba esa crema llamada disimulo, quedaba brutalmente al natural su expresión de veterana precoz. Quienes la conocían sólo superficialmente, podían creer que su aspecto teatral era lo que se llama "composición del personaje", pero la verdad era que ella componía un solo personaje, el de Ana Silvestre, cuando se encontraba fuera de la escena. Yo que seguí palmo a palmo toda su carrerita, le puedo asegurar que Mariana estaba más hecha para el cinismo que para la introspección. Se burlaba de las más célebres seriedades del mundo, tales como la Iglesia, la Patria, la Madre y la Democracia. Recuerdo que una noche en la casa de Punta Carreta (para ser exacto, el 3 de febrero de 1958), le dio por organizar una especie de misa profana ("misa gris" la llamaba ella) y de rodillas y con perfecto impudor, se puso a rezar: "Déjanos caer en la tentación." Yo creo que se le fue la mano. Por lo menos, puedo asegurarle que allí empezó su claudicación, su lamentable frustración actual. Porque Dios —¿me entiende?— le tomó la palabra: la dejó caer en la tentación. Usted dirá qué tentación, si ya las sabía todas. Pero déjeme contarle, déjeme contarlo. El conjunto de Olascoaga estaba ensayando una obrita de autor nacional, en aquel año que fue la epidemia debido a la subvención de Teatros Municipales. Feliz de usted que no asistió a ese auge. Había autores nacionales para regalar. Una vez éramos seis en lo de Chocho, y de los seis, cinco eran autores nacionales. Qué barbaridad. Sólo yo conservé el invicto. Bueno, la obra que ensayaba "Telón de fondo" no era precisamente de las peores. Creo, incluso, que sacó el Tercer Premio en las Jornadas. Tenía un airecito sentimental que tocó a los críticos directamente en el sistema circulatorio. Le soy franco y le confieso que no me acuerdo del planteo, ni del nudo ni —menos que menos— del desenlace. Pero sí me acuerdo de la figura central: una muchacha abonada a la pureza. El autor (¿sabe quién es? Edmundo Soria, hoy abogado y orador, dicen que se levantó económicamente con su campaña anticomunista; un ingenuo, en fin) bueno, Soria había abrumado a su protagonista con la calamidad universal. Moría el padre y ella era pura; el padrastro le pegaba y ella seguía pura; el novio la insultaba y ella seguía pura; la echaban del empleo y ella seguía pura; la agarraba una patota y ella seguía pura. Insoportable, lo que se dice insoportable. Al final, moría, yo creo que de pureza. Puede ser que yo le haga la sinopsis con cierta mala leche, porque la verdad es que me dio relativa bronca que la pieza cayera bien y que algunos exigentes que yo conozco como si los hubiera barrido, justificaran a Soria con el raquítico argumento de que "cuando uno se propone hacer un melodrama, hay que meterse en él hasta el pescuezo". La verdad es que sin Mariana la pieza hubiera sido un desastre sin levante. Pero déjeme contarle. El papel de la pura no lo iba a hacer Mariana, qué esperanza. Durante tres meses había ensayado Alma Funtes (nombre verdadero: Natalia Klappenbach) con un fervor y una memoria envidiables. Tres días antes del estreno, Almita cayó con rubeola y Olascoaga se enfrentó a un problema que más que artístico era de conformes. Había pagado por adelantado la mitad del arrendamiento de la Sala Colón —únicas tres semanas libres en todo el invierno— y no era cuestión de suspender la temporada. Yo estaba allí la tarde en que Olascoaga reunió al elenco e hizo esta pregunta de emergencia: "¿Quién de ustedes, muchachas, es capaz de hacer el sacrificio de aprenderse el papel de aquí al viernes y, con eso, salvar nuestras finanzas?" Cuando las siete preciosuras recién empezaban los mutuos sondeos visuales, ya Mariana había respondido: "Yo ya me sé la letra." "¿Vos?" saltó Olascoaga, con un estupor que era casi bronca. Lo miré y me di cuenta de qué estaba pensando: ¿cómo meter a la eterna ramera del elenco en un papel de pura sin claudicaciones? Pero también miré la cara de Mariana y vi que allí había empezado una transformación. Esta vez tenía una expresión, no le diré limpia, pero sí de ganas de limpiarse. Creo que Olascoaga vio lo mismo que yo, porque, le dijo: "¿Verdaderamente te animás?" "Me animo", contestó ella. Y cómo se animó. Desde la primera noche, fue la revelación. Yo no podía creer lo que veía. Con decirle que sólo le faltaba el halo. Una santa, lo que se dice una santa. Cuando la agarraba la patota, daban ganas de fusilarlos. Criminales. Cuando el novio la insultaba, alguien llegó a gritar en la tertulia: "Morite, bestia." No importaba que el diálogo fuera idiota; ella le inyectaba una fuerza tan conmovedora que hasta yo lagrimeaba en las escenas de bravura. Cuando, al final de la segunda semana, Almita la vio ("estás absolutamente descartada" le había dicho Olascoaga después de prometerle Fedra), tuvo un ataque de nervios y con razón; fíjese que la envidia le hacía temblar el pómulo izquierdo y el párpado derecho. Pobre Almita. Pero la gran sorpresa fue al final de la temporada (gracias al éxito frenético, se había extendido a seis semanas). La noche misma de la última función, cuando el telón todavía estaba cayendo, Mariana anunció que dejaba el teatro. To-

dos largaron la risa; todos, menos yo y Olascoaga. Nosotros sabíamos que era cierto. Nada más que para cumplir, Olascoaga inquirió el por qué. "Este fue mi papel", dijo ella, sonriendo, con su nueva cara de ángel. "No quiero hacer ningún otro en el teatro." Y agregó después, en voz tan baja que parecía estar hablando para ella sola: "Ni tampoco en la vida." ¿Se da cuenta? Lo que le dije: Dios se había vengado. (Epa, más whisky no. Bueno, ponga otro poquito. Pero definitivamente el último. Acuérdese del hielo. Gracias.) Sí, señor, Dios se había vengado. La dejó caer en la tentación. Pero en la tentación del bien, que era la única que le faltaba. Desde entonces, nunca más. Se acabaron las festicholas. Se acabó el relajo. Hasta dejó la casa de la tía. Ahora lee una barbaridad. Escucha música, Mozart incluido. Hasta estudia guitarra. Se volvió buena, qué desastre. Lo peor es que creo que está convencida, así que ya no tiene salvación. Hace una semana la encontré en el Cordón y la invité a tomar un cafecito, bueno un cafecito ella y yo una grapa, porque tenía curiosidad de oirla hablar así, sin público, cara a cara conmigo que me la sé de memoria y ella lo sabe. Y bueno, ¿adivina lo que me dijo? "Soy otra, Tito, ¿podés creerlo? Antes de la obra de Soria, yo no le había tomado el gusto al lado bueno de las cosas, nunca había probado a sentirme pura, a sentirme generosa, a sentirme sencilla. Pero cuando me puse el personaje de Soria como quien se pone un vestido de confección al que no es necesario hacer ningún arreglo, sentí que ésa era mi medida. Mirá, tampoco era un vestido. Era más bien como si me pusiera mi destino, ¿entendés? Y desde ese momento supe que estaba conquistada, ganada o perdida, llámale como quieras, pero que nunca más podría volver a ser lo que había sido. Cuando aprendí la letra, antes de la enfermedad de Almita, lo hice para burlarme, porque tenía el propósito de parodiarla en cualquiera de nuestras sesiones. Pero cuando vi la posibilidad de decir yo aquellas palabras, de figurarme que yo era así, tuve valor suficiente como para aferrarme a ella. Y cuando subí al escenario y las dije, te juro, Tito, que era yo misma la que hablaba, te juro que nunca había dicho cosas tan mías como esas palabras ajenas que alguien me había dictado." Y después, agárrese bien, la revelación: "Estoy de novia, ¿sabés? No hagas ese gesto, Tito. Vos no podés convencerte de que ahora soy otra, pero yo sí lo sé, estoy segura. Es un argentino, de padres holandeses. Tiene lentes y parece que te mira hasta el alma, pero a mí no me importa porque ahora mi alma está limpia. No sabe nada de mi vida de antes. Sólo sabe de ésta que soy ahora y así le gusto. Yo no quiero que se entere, ¿sabés por qué? Porque soy otra. Es rubio y tiene cara de bueno. Yo no le miento, no lo engaño, porque verdaderamente soy otra. Mide como dos metros, así que anda siempre como agachándose. Es un encanto. Tiene las manos largas y los dedos finos. Vino hace tres meses y se va dentro de dos. Lo principal es que me lleva con él y estoy salvada. No hay necesidad de que le cuente lo de antes, porque no es fuerte, no aguantaría el golpe. Vamos a vivir en Rotterdam. Y Rotterdam está lejos de Punta Carreta. Además, Dios está de mi parte. ¿Te das cuenta, Tito?" Lloraba la imbécil, pero lo peor era que lloraba de contenta, qué calamidad. Está más delgada, se le ha ondeado el pelo, qué sé yo. Ni siquiera tuve valor para darle la ritual palmadita en la nalga, como ha sido siempre nuestra despedida. Le confieso que estoy desorientado. Lo único que quisiera saber es quién es el imbécil que se la lleva a Rotterdam. Alto, rubio, de lentes. Manos largas, dedos finos. Como agachándose. Qué chiste, igual a usted. No me diga que... ¡Lo que faltaba! Ahora sí que está bueno. ¡Lo que faltaba! Usted tiene la culpa por hacerme tomar cuatro whiskies seguidos. Y su nombre es Van Daalhoff. Claro como el agua. Perdone lo de imbécil. ¿Qué se va a hacer? Ahora ya no tiene arreglo. Pobre Mariana. Reconozca por lo menos que Dios no estaba de su parte.

(1961)

Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Rector de la UNAM

Dr. Fernando Pérez Correa
Secretario General Académico

Ing. Gerardo Ferrando Bravo
Secretario General Administrativo

Arq. Jorge Fernández Varela
Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. Hugo Gutiérrez Vega
Director General de Difusión Cultural

Lic. Gerardo Estrada
Subdirector de Difusión Cultural

Sr. Rafael Gaona
Subdirector de Actividades Culturales

Marisa Magallón
Departamento de Grabaciones

IMPRESO EN MÉXICO IMPRENTA MADERO, S. A.